

Michaël Mention

Malos tiempos para el país

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Esta novela está basada en la serie de crímenes cometidos en el norte de Inglaterra entre 1975 y 1981. Por respeto a sus allegados, la identidad de las víctimas y de los investigadores ha sido alterada. Solo se mantienen las circunstancias de los decesos, las etapas de la investigación, los carteles de sensibilización y los artículos de prensa.

Gracias a Jane Widdess, Michael Tingay y Stéphane Bourgoin por sus precisiones, así como a Élodie, Marie-Claire y François por sus relecturas. Finalmente, gracias a François Guérif, así como a todo el equipo de Rivages/Noir por su confianza y su indulgencia.

*Un recuerdo para Jeanne y Benjamin,
que saben por qué, y otro para Élodie,
que sabe cuánto...*

«No esperéis el Juicio Final. Se celebra cada día».

ALBERT CAMUS
La caída, 1956

«¿Y qué? Debería volver a casa y decir: “¡Hola, querida! ¿Sabes qué? Hoy he visto a un jodido yonqui que ha metido a su bebé en el microondas porque lloraba. ¡Venga, lo comparto contigo! Al compartirlo, vamos a purificarnos de todo ese odio”. Pues no. ¿Sabes por qué? Me aferro a mi angustia. La protejo, porque la necesito. Sigo despierto, en la brecha. Es necesario».

Inspector Vincent Hanna,
a su esposa
MICHAEL MANN, *Heat*, 1995

22 de marzo de 1979

Agencia local del *Daily Mirror*, Manchester.

Esta mañana, como todos los días, la redacción del diario más vendido del país hierve de actividad. Barullo mezclado con timbres telefónicos, repiqueteo de máquinas de escribir e informaciones que se gritan de una mesa a otra. Un caos al estilo de una sociedad conmocionada por un millón y medio de parados, interminables huelgas de mineros y obreros, revueltas raciales y atentados perpetrados por el IRA. En resumen, una Inglaterra lejos, muy lejos, de sus eufóricos sesenta y de su *Swinging London*.

Periodistas *freelance*, corresponsales y columnistas se agitan en una aglomeración que hace vibrar la tarima hasta la sala de reuniones. Detrás de la puerta, muros beis, una nube gris de tabaco, una cafetera negra, tazas azules y una mesa ovalada blanca, en torno a la cual están reunidos los siete jefes de sección. En silencio, todos observan al hombre sentado al extremo de la mesa, al que apodan en secreto Darth Vader. De ese icono del Mal, el director del *Mirror* no tiene en realidad más que las iniciales, pues se llama Dennis Vaughn.

Llueva, haga viento o *crisis-petrolifere*, este lleva siempre encasquetados los tirantes, que sujetan sus eternos pantalones de pana marrón. Vaughn, son cincuenta años de una existencia dedicada a la objetividad periodística... con la que se identifica tanto como con el Partido Laborista. Su apodo lo debe a su carácter, que es el terror de la redacción.

Por eso todos temen su opinión sobre la maqueta para el día siguiente; el 70 por ciento de la trama original a la espera del hipotético 30 por ciento de las primicias. Con el índice derecho se ajusta las gafas, antes de dirigirse al jefe de la sección de Política.

—Lewis, su artículo sobre Thatcher me parece un poquito demasiado complaciente.

—Señor, no lo he redactado yo, sino...

—... «Alistair Widward», que parece cantar las alabanzas de esa puta de Margaret.

—Simplemente ha insistido en su ambición, que podría permitirle convertirse en nuestro próximo primer ministro.

—¿Una mujer? —El economista en jefe se parte de risa—. ¿Dirigiendo el país?

—No se ría, Sanders. En vista de los últimos sondeos, es una eventualidad muy probable... que parece alegrar mucho a Lewis.

—¡Por supuesto que no! —se defiende el interesado.

—Mejor, porque si los conservadores se la ponen dura, ¡vaya a trabajar al *Sun*!

Los demás intercambian miradas, pues la alusión no es anodina. Vaughn no ha llegado a digerir que su competidor le robase a Shakespeare su *Winter of discontent* para evocar el reciente periodo de huelgas. Un artículo político revestido con una referencia a *Ricardo III* es una idea genial. Una que Vaughn habría querido tener, si no fuera una idea antilaborista. Uno de sus colaboradores disimula una sonrisa tras la palma de la mano. Al menos cree hacerlo, porque Vaughn lo increpa:

—Deje de cachondearse, Greenway. Su artículo sobre el Frente Nacional también hay que revisarlo, si queremos evitar que los *skins* nos acusen de difamación.

—Me he limitado a mencionar sus linchamientos en los barrios negros y...

—... a sus candidatos a las próximas legislativas. El problema es su frase sobre «el amenazante resurgimiento de la extrema derecha, cáncer de los valores británicos».

—Le recuerdo que en Londres ha tenido más de cien mil votos.

—No se me olvida, como tampoco se me olvida que Thatcher dijo que comprendía el miedo del pueblo a ser «invadido por una cultura extranjera».

Lewis baja la mirada, prefiriendo concentrarse en su taza de café. Lo que Vaughn se cuida de no añadir es que, tres años antes, un titular del *Mirror* rezaba: «Nueva ola de asiáticos en Gran Bretaña». Una metedura de pata según él y una enéssima estigmatización para los extranjeros, rechazados por un país gangrenado por el racismo. En ese momento, un ¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! interrumpe la reunión. Vaughn, ya exasperado:

—¿QUÉ?

—¡Soy Linda, señor! —oye detrás de la puerta—. ¡Hay correo para usted!

—¡Bueno, pues déjelo en mi mesa!

—Es que...

Se levanta bruscamente para abrir la puerta. Linda se sobresalta y deja caer todos los sobres. Los recoge —«Disculpe, señor»— a los pies de Vaughn. Sus colaboradores disfrutaban entre risitas de la bienvenida pausa. Algunos se sirven más café o encienden un cigarrillo; otros hacen ambas cosas.

La apertura de la puerta ventila la estancia, adonde llega el jaleo de las mesas de la redacción. Allí resuenan «Manchester United» y «corrupción». Verdad, tal vez. Más allá, dos periodistas hablan de los médicos de urgencias del Hospi-

tal Swan, que estarían seleccionando a los pacientes. Seguramente verdad en un país donde, desde hace varios meses, los cadáveres se amontonan en las morgues. Vaughn lo sabe de buena tinta, pero ha recibido la orden de «arriba» de no divulgar nada so pena de demandas judiciales.

—¿ES QUE QUÉ? —se impacienta.

—Es..., es que pone «urgente» en uno de los sobres, señor.

Vaughn se los arranca de las manos y, uno a uno, los recoge con presteza. Tres citaciones al juzgado, dos invitaciones (una a un concierto benéfico en el Royal Albert Hall, otra al preestreno del próximo James Bond «otra-vez-interpretado-por-ese-blandengue-de-Roger-Moore-que-no-le-llega-a-Sean-Connery-a-la-suela-del-zapato») y un sobre blanco que lleva escrito: «A la atención del señor Vaughn — ¡URGENTE!», con matasellos de Sunderland. Observada por los jefes de sección, Linda les dirige un tímido saludo al que no responden.

Vaughn gira el sobre —sin remite— y se lo queda. Devuelve los otros a Linda y, sin darle las gracias, le cierra la puerta en las narices. Vuelve a sentarse ante la mirada del equipo, que ha recuperado la seriedad. Abre el sobre y, mientras despliega la carta, dice a Greenway:

—En resumen, cuento con usted para modificar el artículo sin demora. En cuanto a usted, Sanders... —dice mientras lee.

—Sí, señor.

Vaughn no responde, concentrado en el papel. Tras sus lentes, sus ojos se van abriendo con creciente estupor, luego con una inquietud que no se le escapa a nadie. Todos lo miran con la misma sorpresa. Greenway quiere tomar la palabra, pero Lewis se le adelanta:

—¿Algún problema, señor?

Vaughn se queda mudo, hipnotizado por la carta que aprieta entre las manos. Visiblemente afectado, se frota la

frente plisada por la angustia. Al terminar la lectura, mete la carta en el sobre. Lewis insiste:

—¿Señor?

—La..., la reunión queda pospuesta —declara Vaughn con voz apagada.

Se levanta de la silla —esta vez con lentitud— y vuelve a abrir la puerta, con el sobre en la mano. Con paso rápido, cruza la zona de las mesas de redacción, indiferente al estrés periodístico. Por el camino, un joven dibujante le presenta unas ilustraciones sin conseguir captar su atención. Según avanza, la angustia de Vaughn se muda en pánico, que el trayecto en ascensor hace insoportable. Llegado al último piso, recorre el pasillo desierto hasta su despacho, ante el cual se encuentra su secretaria.

—¡Ah! Señor, su cita con...

—¡Póngame con la policía de Wakefield! Y que no me molesten.

Ella descuelga el auricular mientras lo mira entrar en el despacho. Vaughn cierra de un portazo, se desploma en la silla y se afloja la corbata. Su teléfono retumba y hace vibrar su bote de lápices. Descuelga y encuentra la voz de su secretaria:

—Le paso la llamada, señor.

—Sí, adelante.

Vaughn espera los tres segundos que lleva transferir la comunicación, al cabo de los cuales le llega una voz masculina:

—¡Policía de West Yorkshire a su servicio!

—Buenos días. Dennis Vaughn, director del *Mirror* en Manchester. Quisiera hablar con el superintendente Walter Bellamy.

—Voy a ver si está.

Espera. Más espera. Insoportable. Abre el último cajón de su escritorio habilitado como minibar y saca de él su botella de Rémy Martin. Quita el tapón y se sirve un vaso de coñac, cuando interviene otra voz, mucho más grave:

- ¡Bellamy, dígame!
- Buenos días, soy...
- Ya lo sé. Tengo poco tiempo, así que dese prisa. ¿Qué puedo hacer por usted?
- Yo... ejem... he recibido una carta firmada por «Jack el Destripador».
- Ídem.
- Entonces ya está... vuelve a empezar.
- No, continúa.